
“Sin Parábolas – Él – No Les Hablaba”

Volumen No. 2

LA OVEJA PERDIDA; LA MONEDA PERDIDA;

EL HIJO PRÓDIGO 2/3

(Lucas 15:1-32)

[...continúa]

Y ahora llegamos a la Parábola del Hijo Pródigo: “Cierta hombre tenía dos hijos; y el más *joven* dijo a su padre: ‘Padre, dame la porción de bienes que me corresponde’. Y el padre *dividió* entre ellos sus bienes. No mucho después el hijo *menor*, reuniendo todo, se *alejó* hacia un país lejano donde *malgastó* sus bienes viviendo desenfrenadamente”.

La Sra. Eddy dice que el padre representa el Principio perfecto y eterno del hombre. El hijo *joven* indica la *mayor actividad del pensamiento* humano de los dos hijos. Cuando un individuo tiene aquello que es llamado “agallas”, entonces esa cualidad va a tratar de *desviarlo* del carril; pero el hombre que dice ‘amén’ a todo, **no** siempre es el mejor.

Lo interesante acerca del llamado hijo pródigo, fue que él no era pródigo desde su propio punto de vista. Él respondió al *instinto de universalidad* que, siendo terreno de Principio, constituye también el terreno del hombre. Pero aquí él lo *interpretó temporalmente*, en forma *errónea*, creyendo que uno puede irradiar en experiencia separado de Principio, en tanto que (tal como aprendió), la forma de irradiar en un sentido *universal*, es *desde* el Centro de toda radiación – es decir, *desde* el mismo Principio **y desde** las ideas que emanan *desde* ese Principio totalmente espiritual. Jesús expresó este concepto cuando dijo: “Yo, salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez Yo,

dejo al mundo y voy al Padre”, lo cual hacía continuamente. Así que la *verdadera* lección que el hijo pródigo aprendió fue que tanto el instinto como el deseo eran *correctos*, pero él había *interpretado erróneamente* la forma de cumplirlos, al pensar que podía tomar todo de Principio, meterlo en un saco, y marcharse por su cuenta.

El rayo **del** sol recorre todo el espacio de la tierra y el cielo, pero jamás pierde contacto con su fuente – y de hecho sería imposible que lo hiciera. De la misma manera, el hombre puede tener acceso a todo, y rectamente provisto, jamás *pierde* contacto **con** su Principio. La tendencia en la naturaleza humana, y especialmente en aquellos que anhelan este sentido mayor y verdadero de ser, es *apartarse* de Principio, Quien les otorga este instinto, y Quien por Sí mismo, los capacita para satisfacerlo. La Sra. Eddy dice de Jesús: “De acuerdo con la *amplitud* de su afecto puro, él definió al Amor” (C&S 54:3-4). La amplitud estaba ahí, y él la expresó; pero la *Fuente* que definió a todos los hombres y que jamás fue abandonada, fue el Amor.

El entendimiento del hijo menor, en la medida en que se desplegó, hizo que pensara que había un modo *más atractivo* de expresarse en forma *universal*, que la establecida por el mandato **de** Principio **y de** Sus enseñanzas. Él trató de variar o corregir la Ciencia universal del ser como un medio para saciar su propio egotismo, y ganar autoestima *mundana*. Jesús había probado por sí mismo la *imposibilidad* de esto cuando rechazó las tres tentaciones presentadas a su pensamiento como medios y métodos del ser universal (véase Mat. 4:1-11).

El hijo pródigo era como un estudiante de Ciencia Cristiana quien, luego de llegar a sus enseñanzas, aprender de ellas, y ser enriquecido por ellas, decide que puede dar una *versión más simple y atractiva a los sentidos*. La Sra. Eddy hace referencia en su MENSAJE PARA 1901, a un crítico que escribió que “veía a algunos San Pablos levantarse de entre los Científicos Cristianos, quienes interpretarían sus ideas y principios más claramente, y los aplicarían más racionalmente a las necesidades humanas”. Ella dice en parte de su respuesta, que sus obras fueron las primeras jamás publicadas sobre Ciencia Cristiana, y que “desde entonces nada ha aparecido que sea correcto acerca de este tema, cuya base no puede ser rastreada en algunas de dichas obras”. También dijo que ella no sabía de nadie todavía, que hubiera sanado casos desahuciados, tal como ella lo había

hecho, [tan solo] en dos o tres entrevistas con los pacientes (véase Mensaje Para 1901, 27:3-21). Resulta sabio recordar las palabras de Santiago: “Muéstrame tu fe *sin* obras, y yo te mostraré mi fe *por* mis obras”, para aplicar esta vara de medir sobre nosotros mismos y sobre otros que pudieran estar expresando legítimamente sus puntos de vista acerca de la Ciencia.

La inclinación de la mente *humana* es hacer de lo *universal* – de aquello que es científicamente puro, espiritual y a semejanza de Cristo – algo más ‘aceptable’ para los sentidos *humanos*. Esta tendencia ha existido siempre y en todas las áreas de la vida; y aquellos que han sido influenciados por ella, a menudo se han visto envueltos en una experiencia similar a la del hijo pródigo – se han apartado de su *Alma Mater* y después lo han lamentado.

La mente *humana* está propensa a considerar lo que ha sido dado en la Ciencia; luego desecha aquello que en verdad le ofreció – y entonces se dedica a ponerlo todo en forma totalmente distinta, contraviniendo a Principio por completo, de tal forma que en cierta medida hace de la materia o el mal, algo real e innecesario.

Ha habido muchos individuos en la historia de la Ciencia Cristiana, quienes se han propuesto hacerlo mejor que la Sra. Eddy, haciendo de su descubrimiento, algo más adaptable a las necesidades *humanas*. – Se trata del magnetismo animal, el cual actúa a través de ellos como una *creencia* de que pueden mejorar la Ciencia Cristiana, y que al hacerlo así, van a beneficiar a la humanidad. *Antes* que alguien critique a tales personas, recordemos que es posible que en su sinceridad en ocasiones deseen o se comprometan a reinterpretar la Ciencia Cristiana en una forma más atractiva para ellos mismos; más indulgente con sus propios anhelos – y así como el hijo pródigo, tomando lo que han aprendido de las riquezas de la Ciencia, se apartan para gastarlo en aquella forma que desde el punto de vista de Principio, es “una vida desenfrenada” o una desviación de sus estándares normales. ¿Quién no se ha dicho: “Esto no es de mucha importancia” o “Principio no es aplicable aquí”, y se aleja en una dirección que sabe que va en *contra* de la letra así como del espíritu de la Ciencia Cristiana? ¿Quién no hace esto cada vez que trata de forzar a Principio en aquello que él quiere que sea? – Si alguno de nosotros contradice las ideas

que intrínsecamente pertenecen a Principio **y** se dedica a considerarlas y reinterpretarlas a su manera en una dirección totalmente distinta de su verdadero propósito llevándolas a una provincia apartada de Principio, entonces experimentará lo que el hijo pródigo experimentó – que dichas ideas se convierten en simples cáscaras; carentes de verdadera inspiración, y por consiguiente, insatisfactorias para la inteligencia del hombre. Pudiera ser que nos sostuvieran en la senda *dogmática* que estamos tomando, pero *realmente* no conllevan ninguna recompensa *verdadera*.

“Y cuando hubo gastado todo, se levantó una gran hambruna en esa provincia; y comenzó a estar en necesidad”. Las provincias dentro a las cuales el joven sintió que había llegado – provincias de desobediencia a los hechos y métodos de Principio que bien sabía él que eran inherentes a su ser – fueron las provincias donde la hambruna estaba destinada a reinar. El *consentir* con cualquier *separación* de Principio **y** de Sus verdades establecidas, con toda seguridad va a conducir a la hambruna, porque *todo* testimonio de los sentidos es finito; tal como *todo* cuanto tenga que ver con Alma o sentido *espiritual* actuando en nuestra experiencia inmediata, da como resultado un banquete de bondad.

Todos cometemos el error de apartarnos de los altos estándares de Principio en alguna de las formas del vivir *humano*; pero cuando abiertamente desafiamos a Principio y decidimos ignorar Sus mandatos, es que sufrimos. Los errores menores que no surgen de nuestra *propia* iniciativa, sino que son parte del “sufrirlo así por ahora” del vivir *humano*, **no** provocan perturbaciones en nuestra mentalidad **y** crecen conforme progresamos hacia el Espíritu. Aquello que nos conduce hacia donde hay carencia de todo gozo y de la más elemental capacidad para sostener la existencia, surge de la evasión; de la ignorancia o la distorsión rotundas; así como de los hechos y requerimientos establecidos por Principio *claramente* dispuestos para nosotros en las enseñanzas de Jesús y de la Sra. Eddy. Incluso eso es únicamente el *sueño* – en *realidad jamás* acontece – y por ello tan sólo se requiere que *despertemos* de eso, y entonces toda su pretensión desaparece.

“Y fue y se unió a un ciudadano de esa provincia; y éste lo envió a sus campos para alimentar a los cerdos”. – Él se convirtió en esclavo de las normas a las que había descendido. Un hombre que *no* trabaje para Principio, sino para métodos que no estén cimentados **en** Principio, siempre trabajará más y con menores resultados satisfactorios, que aquellos seguidores fieles – de hecho aquél que está apartado, es un *esclavo*. Un *esclavo* ha perdido su propia libertad y está dominado por la fase particular de magnetismo animal bajo cuya influencia ha consentido estar.

“Y él [el ciudadano de esa provincia], lo envió a sus campos para alimentar a los cerdos. Y él hubiera querido llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le dio [de comer]”. Cuando nosotros *intentamos* alimentar nuestro pensamiento con las algarrobas de la materialidad **y** del llamado *intelectualismo*, entonces encontramos en efecto que carecen del *todo* de cualidades *nutritivas* – *no* nos mejoran, y nos dejan más vacíos que cuando fuimos conducidos hacia ellas pensando que contenían alguna calidad de sustento.

El hijo pródigo se esforzó por *alimentarse a sí mismo* de aquello que era *imposible* que lo alimentara, a pesar de que era saludable para el nivel de pensamiento al que pertenecía, simbolizado aquí por los cerdos. Alguien que fuera un pensador universal, podría encontrarse a sí mismo descendiendo al nivel de pensamiento basado en la evidencia de los sentidos humanos con tal grado de preocupación y ansiedad, que sentirá que empeora toda la situación – incluso antes que tratara de ser *universal* en su perspectiva.

El viejo adagio: “El alimento de un hombre es el veneno de otro”, se aplica al estudiante que progresa en la Ciencia. Éste encuentra que las cosas de este mundo que satisfacen y dan placer a otros debido a que están en dicho nivel de pensamiento, constituyen cáscaras vacías en lo que a él se refieren, **y** que no le aportan gozo ni sustancia al pensamiento. Si fuese tras ellas, lo dejarían peor que si tan solo las hubiese ignorado tratando de descender a esos niveles de pensamiento de los que fue nativo y de los que en realidad jamás podría salir.

La revelación que llegó al hijo pródigo fue que él ya **no** pertenecía al nivel donde estaba en ese instante. Él vio que había cometido un error en su interpretación del instinto de *universalidad*, y que **no** podía aferrarse a él. Eso constituye una perspectiva sabia y sana por concluir, porque todos podemos cometer errores – pero éstos pueden actuar a nuestro *favor* por medio de nuestro *reconocimiento* de que lo contrario [descendiendo a otro nivel de conciencia] no llegaremos a casa, sino solo con nuestro pronto regreso hacia donde ya sabemos que pertenecemos. Esto, en sí, no es un retroceso, sino un hallar aquello que siempre hemos sido – el plano o nivel de pensamiento del cual **no** podemos alejarnos.

La Ciencia de la Mente, que nos conforma y controla, es lo que hace que veamos el vacío del pensamiento y métodos materiales, reconociendo con mayor fuerza las atractivas formas de Principio así como el mundo de Principio. De ahí que nuestro aparente retorno sea tan solo la revelación acerca de donde ya estamos, de donde tenemos que estar, y de donde siempre hemos estado.

“Y cuando volvió en sí [cuando reconoció que en realidad jamás había salido de casa], dijo: ‘¡Cuántos siervos de mi padre tienen suficiente pan, incluso de sobra, y yo muriendo de hambre!’” – Se dio cuenta que aquellos que no son tan tontos como para consentir con medios y métodos *desconocidos* para Principio sino que permanecen en *servicio* a Principio, cuentan siempre con abundante alimento en su pensamiento y abundancia de inspiración.

“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, yo he pecado contra el cielo y delante de Ti; y ya no soy digno de ser llamado Tu hijo; haz conmigo como harías con uno de Tus siervos’”. Él ya **no** quería tener tan solo una posición privilegiada, sino que deseaba *servir* a Principio a la manera de Principio.

“Y se levantó, y fue a su adre. Pero cuando estaba todavía bastante alejado, su padre lo vio, y tuvo compasión; y corrió y se echó sobre su cuello y le besó”. A menudo nosotros sentimos que estamos “bastante alejados” de “retornar al hogar” con Principio – mas Principio está en su camino “retornando al hogar” con nosotros, en el sentido de que la humildad, al abandonar el

ego, ha abierto la vía para Principio – para ser expresado en lo novedoso de la comprensión espiritual.

Jesús está mostrando aquí la diferencia entre el Principio *divino* y todos los demás *principios*, los cuales son ejemplos para nosotros, de ese solo **y** único Principio; pero que en sí mismos [los demás principios], **no** están vivos ni son creativos; y *tampoco* abarcan la totalidad del ser.

Se nos ha dicho que el Padre corrió a encontrar a Su hijo. Pareciera Jesús estar señalando que Dios viene al hombre, siempre y cuando el hombre se vuelva *hacia* Dios – y así debiéramos *admitir* que esto ocurre, tal como él mismo lo hizo. Jesús contaba con un Padre personal en el *correcto* sentido del concepto ‘Persona’ – “el infinito sentido científico” (Mes. 1901, 6:22) – y él esperaba que el ‘Padre’ se hiciera cargo de él.

Durante todo el tiempo de su enseñanza, resulta incuestionable el que Jesús se mantenía *consciente* de Dios como Padre, así como de él mismo como Su hijo. Resulta obvio que comprendía claramente que este Padre actuaba en una manera *divina*, pero con el mismo amor **y** cuidado que un padre humano habría tenido para con su hijo. ¿De dónde podrían surgir el amor y el cuidado expresados por un padre humano, si no del divino Padre-Madre? Resulta sabio *mantener* esta *misma* actitud de mente hacia nuestro Padre celestial, tal como el Maestro lo hiciera – porque de otra manera, en el reconocimiento necesario de que *tenemos que* cumplir con lo que nos corresponde al *aprender* los requerimientos de Principio y obedecerlos, caeríamos dentro de un estado de pensamiento tal, donde el Principio divino resultaría tan frío y distante como cualquier principio menor de un tema o ciencia. Si nos acordamos de la convicción mantenida tanto por Jesús como por la Sra. Eddy acerca de la presencia *impersonal* del eternamente amoroso Padre, recibiremos en forma natural las bendiciones que fluyen desde dicha certeza. Esto de ninguna manera disminuiría nuestro aprecio al hecho de que siendo un hijo de tal Padre, nosotros tenemos que mantener una *atención continua* hacia los requisitos del hijo como tal, **y** *obedecerlos* en nuestras acciones, e incluso más aún en nuestro *reconocimiento* de lo que esta filiación significa.

“Y el hijo le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo; y a Tu vista ya no soy digno de ser llamado Tu hijo’”. De hecho esto fue el *reconocimiento* de su insensatez al desafiar a Principio con respecto a Su propia perfección. No existe mayor pecado que el pecado contra el Santo Espíritu – el pecado contra el establecimiento y el desarrollo en el individuo, de su propia expresión de Vida, Verdad y Amor (véase C&S 588:7-8). Esta expresión *siempre* está en acción, y por ello empeñarse en anularla implica pecar contra el cielo y contra Principio, quien nos engendra y quien engendra la expresión completa en nosotros. Tal actitud provoca que sintamos que ya **no** somos más merecedores de ser el hijo de Principio. Pero tal como Jesús dijo acerca de esa clase de pensamiento “es mentiroso, y padre de mentiras” – y nosotros jamás debíamos consentir con una sola mentira, *a menos que* queramos criar una familia de mentiras que oculten la verdad acerca de nosotros; [familia de Principio que] en realidad no puede ser sacudida ni movida.

“Mas el padre dijo a sus siervos: ‘Traed el mejor manto y ponedlo sobre él; y poned un anillo en su mano; y calzado en sus pies; y traed el ternero cebado, y matadlo; y comámoslo y regocijémonos – porque éste mi hijo estaba muerto, y vive de nuevo; estaba perdido, y es hallado’. Y todos comenzaron a regocijarse”.

El hijo tan solo había querido servir a Principio *sin* interés alguno; pero lo cierto es que *si* ustedes se hacen *siervos* de Principio, entonces hallarán que ustedes son el *hijo*; ustedes descubrirán que no hay ningún sentido de *servicio* implícito para ustedes – tan solo el mayor gozo y la mayor sensación de señorío.

El hijo pródigo había *disipado* las riquezas de la Ciencia al jugar con ellas para su *interés personal*, y llevó dichas riquezas a los niveles del vivir sensual, en donde quedó sumido en la pobreza. Pero cualquier hombre que de esta manera intente dar uso *indebido* a la Ciencia, llegará al punto donde se dará cuenta que ha sido *extraviado*. El hijo pródigo despertó a sus *verdaderos* valores y comenzó a ‘honrarlos’ – a *practicar* aquello que Principio le demandaba. En el instante en que hace esto, Principio lo dota, ya no de servidumbre, sino con la debida *filiación* que siempre le ha pertenecido – filiación para ser disfrutada.

Cuando el padre estableció el nivel de regocijo, debido a que como expresó, su hijo había estado muerto y ahora se encontraba vivo de nuevo, quiso dar a entender que su hijo **no** había estado vivo para la verdad de su Ser; pero que ahora había despertado a esa verdad, y se encontraba a sí mismo, consciente y experimentando aquello que de hecho *siempre* había sido. El pecado es una ilusión; no es algo que haya acontecido ni que esté aconteciendo – si fuera un hecho, jamás podríamos deshacernos de él. Por lo tanto la actitud de alegría está simbolizada aquí en el regocijo del padre y en el del hijo, al encontrarse revestido con el *manto* de su Ser verdadero.

“Las relaciones entre Dios y el hombre – el Principio divino y la idea – son *indestructibles* en la Ciencia; y la Ciencia no conoce de ningún alejamiento de la armonía ni retorno a ella, sino que mantiene que el divino orden o ley espiritual en la cual Dios y todo cuanto Él crea son perfectos y eternos, ha permanecido *inalterado* en su eterna historia” (C&S 470:32-5). Eso consagra la *verdad* de esta parábola – verdad que debiéramos *mantener* en conciencia, si es que deseamos *invertir* las pretensiones de los sentidos en las que hemos caído desde una posición que para nosotros estaba más cercana al bien que actualmente; o que nos hemos separado de un nivel al cual ahora anhelamos retornar. Ese anhelo y actividad hacia su cumplimiento, muestra que en realidad, jamás nos apartamos.

El que “el hombre jamás se ha separado de la perfección”, **no** es una *declaración* ciega del Cristianismo, sino un *hecho* en la Ciencia. Considerar al hombre *caído*, resulta imposible para Principio en la Ciencia. Si el hombre se hubiera separado alguna vez de la perfección, *entonces jamás* podría regresar a ella – tal como el adulto **no** puede retornar a la mentalidad de la infancia, la mariposa regresar a ser crisálida, ni el roble a la bellota; nadie que haya visto que $2+2=4$ puede regresar a pensar que $2+2=5$; una vez que has aprendido a andar en bicicleta, es difícil caer de ella. No hay retorno posible a posiciones verdaderamente dejadas atrás, por lo tanto el instinto del hombre hacia la perfección prueba que él *jamás* ha abandonado la perfección – y ésta es la Ciencia detrás de esta parábola. El hecho científico desafiando todos los argumentos en contrario, tiene que *nacer* en la mente – argumentos que no siendo científicos, tampoco son ciertos.

Así que el regreso del hijo pródigo prueba un hecho único – que jamás abandonó el hogar – se despertó donde *realmente* pertenecía y donde siempre había estado.

Pudiéramos *pensar* que hemos abandonado la perfección, pero aquello que *pensamos* que ha ocurrido, **no** ha afectado en lo absoluto los *hechos* de nuestro ser, ni aquello que Principio *está* expresando por medio de nosotros. Sin embargo si *pensamos* que hemos abandonado cierto nivel de conciencia y luego hallamos que en realidad jamás lo dejamos, ese encuentro nos proporciona un gozo *mayor* a aquél cuando pensábamos que nos habíamos separado.

Tal como con todos los ejemplos de Jesús, existe aquí un elemento de *consuelo*, y en esta palabra el *consuelo* yace en el *reconocimiento* de que mucho muy a menudo y sólo cuando [supuestamente] ‘abandonamos el hogar’ (ya sea por medio de una diferencia de opiniones o por medio de alguna necesidad), es que verdaderamente buscamos regresar, apreciando su verdadero valor. El proceso de salir y de retornar, aunque innecesario, es sin embargo a menudo, un *requisito* para que el pensamiento humano establezca *verdaderos* valores en forma más *permanente* de lo que sería el caso contrario. De esta manera los hombres *aprenden* con toda certeza que Principio ES Amor. Por ello es que el retorno al hogar es una de las experiencias más dulces que un hombre puede tener – por ello **no** debíamos de *permitir* que acompañe nuestro retorno, *ningún* pesar ni auto-condena, sino por el contrario, que todo nuestro pensamiento esté enfocado en el gozo de este retorno y en aquello a lo que estamos retornando – a la Verdad que siempre ha sido verdadera para nosotros.

Como humanos, todo lo valoramos por contrastes, por lo que el gozo del hijo pródigo al encontrar su ser verdadero, se vio *incrementado* en gran medida y realidad por la verdadera *desaparición* de la profundidad de las sombras que había tenido. Para alguien que emerge de la oscuridad de un túnel, la luz que se irradia es más hermosa que si (tal como con el hijo mayor) él hubiera permanecido en esa radiación *sin* el menor aprecio o incluso refunfuñando porque es demasiado brillante para él. Al responder a Principio – el cual es *universal* – el hijo pródigo simplemente había *malinterpretado* la *universalidad*. Él había deseado salir del círculo parroquial familiar, habiendo interpretado

incorrectamente todo el mensaje de la *universalidad*, al considerarlo como algo que podía ser alcanzado desde una 'base material' – tal como cuando la gente siente que puede ayudar a la humanidad en tanto *todavía* cree en la realidad de la materia. En un principio y sobre dicha base, la gente pudiera hallar que proporciona una gratificación egotista, pero pronto le produce sólo un vacío. – **No** encuentra más que problemas y una disminución de su propia filiación espiritual, la cual lo confunde y debilita. El hombre tiene que encontrar la *universalidad*, para hallar la felicidad – pero no la va a encontrar por medio de aquello que es finito **y** muy pequeño en su verdadera naturaleza.

Con este descubrimiento, el hijo pródigo fue despertado al Principio totalmente espiritual de la *universalidad* – **de** dónde extraer *todas* sus ideas y **hacia** dónde dirigir la expresión de sí mismo. Este Principio le confirió el anillo, simbolizando la consumación de su enlace con Principio, así como sus senderos. El ternero cebado representó el ilimitado regocijo espiritual que llega a cualquier hombre que *encuentra y siente* su verdadera identidad; y reconoce aquello que *verdaderamente* la satisface en esas vías expandidas de pensamiento **y** expresión que son especiales para él.

Visto *rectamente*, el concepto acerca del hijo pródigo [en la parábola] de Jesús, [implica] fue que él **no** era un representante *mortal*, sino un individuo que había des/cubierto la clave del progreso.

[continuará...]